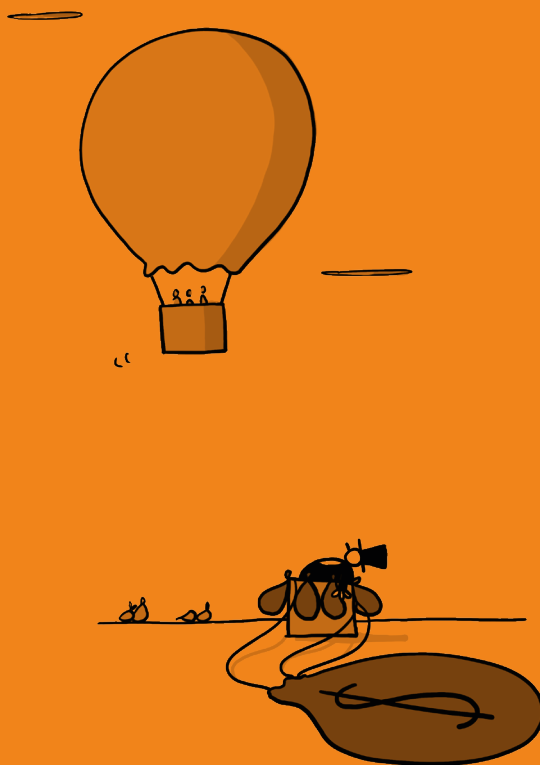


Ricos y pobres en el Nuevo Testamento

José I. González Faus



RICOS Y POBRES EN EL NUEVO TESTAMENTO

(Y EN SAN JUAN CRISÓSTOMO)

José Ignacio González Faus

Presentación	3
La Carta de Santiago	4
La Primera carta de Juan	10
La Carta a los Gálatas	12
Los Hechos de los Apóstoles	14
La raíz de todos los males (1Tim 6,10)	17
Conclusión	19
Apéndice: algunos textos de Juan Crisóstomo	20
Notas	29
Preguntas para la reflexión	32

José Ignacio González Faus. Jesuita. Miembro del Área teológica de Cristianisme i Justícia. Autor de numerosos libros y de diversos cuadernos de esta colección.

ESTA PUBLICACIÓN SE DISTRIBUYE GRATUITAMENTE.

Colabora con Cristianisme i Justícia: Bizum código 05291
cristianismeijusticia.net/es/donativos

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38, e-mail: info@fespinal.com, www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 13539-2023
ISBN: 978-84-9730-538-9, ISSN: 0214-6509, ISSN (virtual): 2014-6574

Dibujo de la portada: Roger Torres. Edición: Santi Torres
Corrección del texto: Cristina Illamola. Maquetación: Pilar Rubio Tugas
Impreso en papel y cartulina ecológicos. Septiembre 2023

PRESENTACIÓN

Este cuaderno intenta completar el tratamiento del tema en las fuentes cristianas que he intentado llevar a cabo durante años. El libro *Vicarios de Cristo: los pobres*¹ trazó un recorrido –incompleto, por supuesto– por toda la tradición cristiana desde el siglo I al XX. En otros lugares he tratado del tema en Jesús.² Además, dos cuadernos de CJ lo estudiaron en el Primer Testamento (*El silencio y el grito* para los profetas, y *Sabiduría divina* para los libros sapienciales). Quedaba, pues, el Nuevo Testamento (excluidos los evangelios); y algo de eso intentan estas páginas.

Solo puedo repetir que, a pesar de esa pretensión de totalidad, se trata mucho más de una visión panorámica que de un tratamiento exhaustivo (que superaría las posibilidades de una sola persona). Los títulos antes citados son solo una invitación para que otros continúen y completen el tema. Pero son también una información más que suficiente para que no podamos hacernos los sordos y ampararnos en esa excusa tan clásica de «No lo sabía».

En el Nuevo Testamento, por lo general se trata el tema de pasada y con poco texto, como si fuera una cosa ya sabida que solo queda recordar: más que un tratamiento hay una evocación que sirve para exhortar a los lectores. El único lugar en el que se habla extensamente de ello es en la carta de Santiago, donde se aborda en forma de críticas muy duras a los ricos. Comenzaremos, pues, por ahí.

LA CARTA DE SANTIAGO

En realidad, no sabemos con exactitud si hay dos o tres «Santigos». Las listas de apóstoles que dan los evangelios, además de Santiago (el mayor) hijo de Zebedeo, hablan de otro Santiago (el menor) hijo de Alfeo. Y cuando hablan de las mujeres en torno a la cruz citan a una María «madre de Santiago». El cuarto Evangelio (19,25) nos indica que esa María era mujer de Cleofás. La discusión está en si ese Cleofás es, en realidad, la transcripción griega del arameo *Alfeo*. Pablo también parece identificarlos cuando señala: «No vi a ningún otro *apóstol*, salvo a Santiago hermano del Señor» (Gal 1,19, aunque también puede haber aquí problemas de traducción).

En este caso, Santiago el Menor y Santiago hermano del Señor serían la misma persona. Y la carta que comentamos sería obra de un apóstol, lo que habría hecho más lógica su inclusión en el Nuevo Testamento. Pero sorprende que, cuando el autor de la carta se presenta, no se identifique como apóstol, sino solo como «siervo de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo» (1,1). En cualquier caso, no es este el tema que nos interesa.³

Podemos decir que la introducción de la carta es una exhortación a la

autenticidad, pues la carta comienza con una exhortación al gozo (1,2), el cual es fruto de la sabiduría. Y esa sabiduría Dios la concede a quien la pide, mientras no sea un hombre que juega a dos manos o con doble personalidad (en griego *dip-psychos*, ‘con dos almas’). Esta idea de la dualidad aparece varias veces en la carta (en 4,8 volvemos a encontrar el término *dipsychos*, hablando de la fidelidad): no se puede tener fe y no tener obras; o alabar a Dios con la misma lengua con que maldecimos al hermano... Y parece

que el autor le da tanta importancia porque esa dualidad se opone a Dios «en quien no hay cambio ni sombra de duplicidad» (1,17).

Ahora nos interesa que ya en la introducción hay una primera aplicación a ese tema de la dualidad o falta de autenticidad: «El rico que se glorie en su humillación» (1,10), porque alardea y se encumbra por una riqueza que es pura caducidad. Por eso, después añade que «se marchitará en su camino» (1,11). El hombre sencillo (podríamos parafrasear: el que vive eso de la sobriedad compartida) es el que puede gloriarse en su exaltación, porque esa sobriedad es de mucho más valor humano que la riqueza material.

Esta especie de retrato inicial –hipocresía del rico, autenticidad del pobre– es fundamental para comprender todas las diatribas que vendrán después. Porque «la verdadera religiosidad⁴ a los ojos del Dios, que es Padre consiste en asistir a los necesitados en su tribulación y mantenerse libre de toda contaminación mundana» (1,27). Estas palabras son la conclusión del capítulo 1.

Los necesitados son designados, como en la antigüedad, con la expresión «viudas y huérfanos», ejemplares típicos de quienes carecían de sustento en aquella sociedad. Con ello se evitaba la clásica escapatoria de «todos somos pobres», todos somos necesitados. Y la libertad frente a toda contaminación «del mundo» nos orienta hacia ese mundo de los evangelios cuyo dios es el dinero, y al que es imposible servir cuando se sirve a Dios (Lc 18,13; Mt 6,24) porque es lo opuesto al reinado de Dios (Mc 10,23). La raíz de esa oposición es que el dinero engendra «acepción de personas», como nos

va a decir Santiago al abrir el capítulo siguiente. Veámoslo.

Primera caracterización

Hermanos míos: que vuestra fe en el Señor Jesucristo glorioso no esté mezclada con acepción de personas. Si entra en vuestra reunión litúrgica un personaje con sortija de oro y vestido flamante y entra también un personaje con vestido mugriento, y vosotros atendéis al primero diciéndole: «siéntate aquí cómodamente»; y al segundo le decís: «quédate ahí de pie o siéntate en el suelo junto a mi estrado», ¿no es evidente que estáis haciendo distinciones entre vosotros mismos y os convertís en jueces malintencionados?

Atención, queridos hermanos: ¿no es verdad que Dios escogió a los pobres del mundo para hacerlos ricos por la fe y herederos del Reino prometido a los que le aman? Pues vosotros habéis deshonrado al pobre. ¿No son los ricos los que os tratan despóticamente y os llevan a los tribunales? ¿No son ellos los que ultrajan el hermoso nombre que os distingue? (2,1-7)

El primer párrafo habla de cómo nosotros tratamos a los ricos y el segundo, de cómo estos nos tratan a nosotros. El salmo 49 concluye: «El hombre rico e inconsciente es como un animal que perece». Esa nada del rico no es una verdad revelada, sino que pertenece a la sabiduría humana más elemental: en otro posible cuaderno (que título *El fracaso del siglo xx*) recogí al final algunos testimonios tomados de la literatura humana, que hablan más o menos

como la frase del salmo antes citada. Aquí aparece otra vez la dualidad antes comentada: los ricos son una nada revestida de algo aparente.

Y los hombres nos dejamos llevar por las apariencias; de ahí viene la distinción de tratos: un buen trato respetuoso para el bien vestido o bien ensortijado y ni caso al que no ha pasado por la sastrería ni la peluquería. Es hasta cierto punto natural que reaccionemos así; pero aquí la fe nos da un aviso serio: la «gloria» de Jesucristo, evocada al comienzo de la frase de Santiago, no es una gloria de apariencias ni permite una diferencia de trato basada en lo aparente. Más aún: si Dios hace alguna diferencia es claramente en favor de los que son pobres para el mundo y de los que ha elegido como herederos de su Reino.

De Pedro Claver, el apóstol de los esclavos en Colombia, se cuenta que, cuando las altas damas hispanas se quejaron porque la presencia de tantos negros sucios (servidores suyos seguramente) afeaba la iglesia, este respondió: «La fealdad del cuerpo no mancha, sino la del alma; que también en cuerpos hermosos se esconden almas hediondas».⁵

No obstante, lo positivo es lo que esta advertencia de Santiago posibilita: me refiero a la asistencia de pobres y ricos, esclavos y señores a las primeras asambleas cristianas. Tenemos un ejemplo de ello en otra reprimenda más dura de Pablo a los cristianos de Corinto: ricos y pobres participaban en la misma Eucaristía y se ha dicho que es la primera vez en la historia humana en que señores y esclavos aparecen sentados en la misma mesa. Pero ya conocemos la entropía de todo lo hu-

mano: poco a poco, los señores llegaban antes, se daban una buena cena y los esclavos llegaban cuando podían y apenas cenaban. Una diferencia de trato similar a la que comentaba Santiago. Y, ante ella, Pablo grita tajante: «¡Eso ya no es celebrar la cena del Señor!» (1Cor 11,20).

Y resulta curioso, como última observación, cuánto ha molestado a muchos de esos que llevan «sortija de oro y vestido flamante» el hecho de que Francisco, obispo de Roma, no haya hecho acepción de personas a la hora de viajar y haya frecuentado más lugares como Lampedusa o la República Democrática del Congo que a países «civilizados» y bien vestidos. Quizá no perciben que en ese afán de que Francisco les felicite a ellos y no a los «mugrientos» se esconde un deseo inconsciente de ver justificados sus privilegios, más que un empeño de fidelidad a Roma.

El segundo párrafo del citado fragmento de Santiago da un paso más para mostrar lo que tiene de estúpida esa tendencia nuestra de dejarnos guiar por las apariencias: no es solo que los ricos son muchísimas veces personas vacías, sino que además son opresoras. Lógicamente, debe tratarse aquí de ricos cristianos, puesto que estamos hablando de lo que ocurría en las celebraciones de la Iglesia primitiva; por eso, puede decirse que ultrajan (blasfeman, en traducción literal) el hermoso nombre de los cristianos. Y resulta llamativo que la forma de opresión que describe sea precisamente a través de la justicia: en toda la biblia hay una cierta desconfianza respecto de los jueces, porque podían ser manipulados no por los partidos políticos –como pare-

ce suceder hoy—, sino por los ricos y poderosos. Vale la pena evocar frases del salterio:

¿Es verdad, poderosos, que juzgáis rec-
tamente? Al contrario (58,2).

¿Hasta cuándo daréis sentencia injusta
poniéndoo de parte del culpable? Pro-
tegido al desvalido y al huérfano; haced
justicia al pobre y al necesitado; defen-
ded al pobre y al indigente sacándolos
de las manos del culpable (82,2-4).

Finalmente, Santiago concluye que
todo lo dicho forma parte del manda-
miento de amar al prójimo como a sí
mismo; tan prójimo mío es el pobre
como el rico. Y el autor subraya que la
moral hay que guardarla entera y que,
si se quebranta un solo precepto, es
como si se quebranta la totalidad de la
Ley. Fijémonos en el interés del autor
por dar fuerza a sus razones.

Y un detalle importante: a conti-
nuación, Santiago pasa a hablar de fe
y obras. Puede dar la sensación de que
entra en otro capítulo siguiendo el es-
quema de la carta que parece ser una
lista de temas diversos (ricos y pobres,
fe y obras, la lengua, la oración, la
providencia...). Pero, curiosamente,
el primer ejemplo que pone de una fe
sin obras no es el de creer y cometer
adulterio o creer y mentir, o creer y
no acudir a la iglesia..., sino el de no
atender al pobre: si ves a tu hermano
desnudo y falto de alimento y te limitas
a desearle que pueda comer y vestirse,
pero no le ayudas, no vale nada ese de-
seo (2,14-16). Luego vendrá el ejem-
plo imprescindible de Abrahán (puesto
que lo cita Pablo) y el de Rahab, que
acogió a los perseguidos. Santiago no

entiende por obras la observancia de la
Ley, como Pablo, sino la caridad con
el necesitado.⁶

Segunda caracterización

Ahora pues, vosotros los ricos llorad
a gritos por los desastres que os van a
venir. Vuestra riqueza está podrida y
vuestros vestidos se han apolillado.
Vuestro oro y vuestra plata se han en-
mohecido y ese moho servirá de testi-
monio contra vosotros y devorará como
el fuego vuestros cuerpos. Atesorabais
para el futuro...

Pero el jornal que defraudasteis a los
trabajadores que segaban vuestros cam-
pos clama al cielo; y las quejas de esos
jornaleros han llegado a los oídos del
Señor del universo. Vivisteis lujosa-
mente sobre la tierra y os entregasteis a
placeres, pero, con ello, no hacíais más
que cebar vuestros corazones para el
día de la matanza. Habéis condenado,
habéis matado al justo; y no os soporta
(5,1-6).

Encontramos aquí una caracterización
del rico igual a la del párrafo anterior:
vacuidad en el ser, injusticia en el
obrar. También hay alusiones a los ves-
tidos y al oro, citados en los párrafos
anteriores. Como dice un comentarista:
«Además de su culpa, Santiago les
echa en cara su estupidez».⁷ Pero, al re-
vés que antes, ahora los comentaristas
creen que esos grandes terratenientes
aquí aludidos ya no son cristianos, aun-
que explotaban a muchos cristianos.

También es fácil encontrar paren-
tescos con algunos pasajes evangélicos:
«la polilla y el orín hacen desaparecer

los tesoros de la tierra» (Mt 6,19); la obsesión por el futuro explica el consejo de Jesús de «no andar preocupados por qué comeréis y qué vestiréis mañana» (Mt 6,25): porque lo que el rico guarda para mañana se lo quita al que lo necesita para hoy. Y la estupidez del rico parece recoger la parábola jesuánica llamada *del rico insensato* (Lc 12, 13-21) que termina con el consejo de «no enriquecerse para sí, sino enriquecerse para con Dios». Con estas ampliaciones, Santiago ilumina las duras palabras de Jesús: «Es imposible que un rico entre en el Reino de Dios» (Mc 10,23) porque no se puede «vivir para Dios y vivir para el dinero» (Mt 8,24).⁸

También hay una clara alusión al Éxodo cuando Santiago dice que el clamor de los oprimidos «ha llegado a oídos del Señor». El tema del salario justo es muy típico de todo el Primer Testamento.⁹ Así pues, Santiago parece ofrecer una pequeña síntesis de toda la doctrina bíblica sobre los ricos, que él cifra en estas dos palabras: insensatez e injusticia.

Además, la metáfora del cebarse viene a ser el resultado de lo que decía Pablo: «Su dios es el vientre» (Fil 3,19). En cambio, lo de la matanza puede tener un doble sentido: puede aludir al juicio final¹⁰ o a la fiesta celebrada con motivo de la matanza de animales (y de la que aún quedan huellas entre nosotros). En mi opinión, lo más probable es que aluda a ambas cosas a la vez y que Santiago lleve a cabo aquí un agudo juego de palabras.

Notemos finalmente que la última frase no habla de matar al pobre, sino al justo: toda ofensa al pobre es una condena a la justicia; por eso, el que no soporta a los ricos no es simplemente

un pobre defraudado y resentido, sino el mismo hombre justo. Y, a partir de aquí, podemos concluir con el comentario de O. Knoch: «El reproche de Santiago: “Vosotros habéis afrentado al pobre”, ¿no se nos puede aplicar también a nosotros?».

Gran parte de esta afrenta y esta injusticia gira en torno al tema del salario justo y defraudado a los trabajadores. Este es el aspecto más actual de la enseñanza de Santiago y también hoy el más conflictivo. Nuestra sociedad capitalista ha llegado a legislar sobre salarios mínimos, pero no sobre salarios justos. Solo la Doctrina Social de la Iglesia ha vuelto repetidas veces sobre este tema.¹¹ Tampoco nuestras sociedades han legislado nada sobre beneficio máximo (en paralelo con el salario mínimo), puesto que la entraña misma del sistema es precisamente la búsqueda del máximo beneficio. Y, en las noticias cotidianas, asistimos con frecuencia a batallas entre las demandas de subidas de salarios (para acercarlos al justo) y la resistencia, a veces encarnizada, de las patronales contra esa subida.

Todo ello lleva al siguiente dilema: si los patronos resisten por avaricia e insolidaridad, están cometiendo una injusticia. Si lo que sucede, por el contrario, es que no pueden pagar salarios justos porque entonces se hundirían las empresas, llegamos necesariamente a la conclusión de que un sistema que no puede cumplir con la justicia, sino que necesita la injusticia para sobrevivir, es indudablemente un sistema injusto. Por lo que resulta necesario y obligatorio cambiar el sistema. El problema no radica, pues, en el campo religioso con la acusación tópica de «comunis-

mo ateo», porque lo que se opone a ese ateísmo no es más que un capitalismo idólatra. El problema está más bien en si el comunismo es o no más justo que el capitalismo, porque Jesús se hartó de enseñar que Dios prefiere una «irreligión» justa, que una «religión» injusta.

Y, así de pasada, como dije en la introducción, tenemos una confirmación de este modo de pensar en una de las cartas a las iglesias del Apocalipsis (3,17): «Tú dices que eres rico, muy rico... y no te das cuenta de que eres digno de compasión, pobre, ciego...».

LA PRIMERA CARTA DE JUAN

Los escritos joánicos tienen una curiosa característica: parecen discurrir por las más sublimes alturas del cielo, pero, cuando descienden a la tierra, llegan hasta lo más bajo. Hemos visto nada menos que la Gloria de Dios; pero la hemos visto en su hacerse miseria humana («carne»). Jesús es Señor y Maestro, pero ejerce su señorío lavando los pies (tarea típica de los esclavos) a todos los suyos, y, además, en la misma cena en que se instituye la Eucaristía...

Algo de eso se refleja también en la primera carta atribuida al apóstol Juan: se nos ha manifestado la Vida misma y esa vida es, a la vez, Luz (capítulos 1-2) y Amor (capítulo 4). En medio de estos capítulos, se nos dice que el ser humano es también luz y amor (hijo de Dios), aunque todavía no se ha manifestado lo que somos (3,1 y ss.). Y, de esa calidad suprema del ser humano que se concreta en el Amor, se nos dice en el párrafo siguiente que el Amor no es cosa «de palabras y de lengua, sino de obras y de verdad» (3,8). Para cerrar así el párrafo:

Si alguien posee bienes de este mundo, y ve a su hermano pasar necesidad, pero cierra sus entrañas, es imposible que resida en él el amor de Dios (v. 17).

Aquí tenemos otra vez la inhumanidad de la que habla el Crisóstomo. Juan de la Cruz comentará que «la propiedad del amor es igualar al que ama con la cosa amada».¹² Y esa ayuda negada al hermano mantiene la desigualdad. La calidad, la sabiduría y el valor de lo humano están, pues, en esa expresión que, junto con la de su libertad, es la que más repiten los evangelios

cuando hablan de Jesús: «Se le conmovieron las entrañas». Y que el mismo Lucas (1,78) usa para definir la acción de Dios: «Entrañas de misericordia». Vale la pena citar el comentario de Agustín a esa frase:

Ved como comienza el amor (*charitas*): si aún no eres capaz de morir por tu hermano [alusión a Jn 15,13], sé capaz al menos de darle algo de tus bienes: que el amor sacuda tus entrañas para que no lo hagas por jactancia... Si no puedes dar a tu hermano lo que te sobra, ¿cómo podrás dar tu vida por él?... Él no tiene; tienes tú, es tu hermano. Ambos fuisteis adquiridos (por Dios) al mismo precio: ambos fuisteis redimidos por la vida entregada [= «la sangre»] de Cristo... Quizá dices: ¿a mí que me importa todo esto? Pues si tu corazón dice eso no mora en ti el amor del Padre. Y si la caridad del Padre no mora en ti, no has nacido de Dios (*In epistolam Joannis ad Parthos*, V, 12).

Otra vez, las entrañas conmovidas. Por esta razón, la carta a los colosenses aconsejaba a sus lectores: «Como elegidos y amados de Dios, revestíos de entrañas de misericordia» (3,12). Y este modo de proceder, que no deriva de un humanismo puramente laico, sino del saber que así nos trata y nos ama Dios, sugiere en otro momento una nueva pincelada que vale la pena recoger en nuestros días de idolatrías patrióticas y de odio a los inmigrantes. En la tercera carta de Juan, el autor escribe al destinatario:

Obras como creyente en lo que haces con los hermanos, sobre todo con los extranjeros (v. 5).

«Sobre todo» con ellos: con todos esos miles de cadáveres que han quedado hundidos en el Mediterráneo, y con los que han conseguido cruzar hasta nosotros soportando increíbles penalidades, simplemente porque no pueden vivir en su país, que primero colonizamos, saqueamos y explotamos nosotros. Esos extranjeros que a veces nos negamos a recibir e insultamos, aunque nos son necesarios por nuestra falta de mano de obra.

Ese tipo de evocación rápida, como dijimos en el prólogo, pero que sirve para dar pie a una exhortación, lo encontramos también en una frase del capítulo final de la carta a los hebreos, que nos reclama un tratamiento aparte: «No olvidéis la hospitalidad, pues por ella muchos, sin saberlo, hospedaron ángeles. Y acordaos de los prisioneros como compañeros de sus prisiones» (13,2). Habla solo de «hospedar ángeles» porque, curiosamente, en todos los ejemplos que ha puesto antes, ninguno era ya cristiano. Nosotros podemos hablar de que «hospedaron a Cristo».

Pero esta atención a los pobres tiene además otro valor muy importante: es la que sirve para unir a la comunidad en un mundo como el nuestro, donde las diferencias (y frecuentes enfrentamientos que de ellas derivan) son algo inevitable. Ese es el testimonio que nos va a dar san Pablo.

LA CARTA A LOS GÁLATAS

Santiago, Cefas y Juan, considerados columnas de la Iglesia, nos dieron la mano a Bernabé y a mí, en señal de comunión, de modo que nosotros nos dedicaríamos a los gentiles y ellos, a los de la circuncisión. Solo (nos pidieron) que nos acordásemos de los pobres. Y eso me he esmerado en hacerlo (Gal 2,10).

Las disputas que hubo en la iglesia primera a propósito de la ida a los gentiles y la supresión de la circuncisión fueron mucho mayores de lo que podemos imaginar hoy, en un universo cultural tan distinto.¹³ El mismo Lucas, que tiende a suavizarlo todo, reconoce que «el altercado y la discusión no fueron pequeños» (Hch 15,2). Y la virulencia con que Pablo desautoriza a quienes querían volver a lo tradicional («aunque un ángel os anunciara otro evangelio, no lo creáis»: cfr. Gal 1,8) lo pone también de relieve.

Pues bien, en ese contexto tan dividido, hay algo que sigue uniendo más de lo que pueden separar todas las disputas: el cuidado y la atención a los pobres. Ese es el distintivo que los seguirá haciendo cristianos a todos,

a pesar de sus divergencias teológicas. Y cuando ese distintivo se pierde es cuando de veras se divide la Iglesia. Pablo parece compartir ese criterio cuando dice que se aplicó a cumplirlo con esmero. Y, efectivamente, resulta llamativo su interés y su esfuerzo por organizar una colecta entre las iglesias paganas cuando aquellas iglesias judaizantes –¡que andaban combatiéndole a él!– estaban pasando miseria y hambre. En ese contexto, Pablo acuña una de sus frases famosas: «Dios ama al que da con alegría», que no se refiere al que ama a su amigo o a su hermano carnal, sino al que da al necesitado. Resuena aquí la idea antes citada de la primera carta de Juan (3,17): si das al que padece necesidad, entonces mora en ti el amor de Dios.

Lástima que este criterio de los pobres como creadores de unidad no funcionara en los tiempos de la Reforma. Y ojalá volviera a funcionar hoy, cuando nuestra Iglesia soporta tensiones serias que, en buena parte, no derivan de la esencia de la fe cristiana, sino del cambio de esa cultura ambiental en que la fe tiene que ser expresada

y vivida. Los pobres y los necesitados son la presencia más segura de Dios, a quien tantas veces queremos buscar y servir en otros lugares. Por ello, cabe recordar las repetidas críticas en la predicación de los Padres de la Iglesia: venís a revestir a Dios en su templo y luego, al salir, os lo encontráis desnudo y pasáis de largo.¹⁴

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Se calcula que la sociedad donde nace el cristianismo tenía un veinte por ciento de mendigos (*ptôjoi*) y en torno al sesenta de pobres (*pênetes*) que vivían con lo estrictamente necesario para su supervivencia; entre un quince y un dieciocho por ciento tenía lo necesario para vivir con tranquilidad, y un dos por ciento controlaba la mayoría de los resortes económicos y políticos.¹⁵ En ese contexto, encontramos en el libro de los Hechos una información repetida:

Los que habían abrazado la fe vivían unidos y tenían todas las cosas en *común*. Vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos según la necesidad de cada cual (2,44.45).

La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma.¹⁶ Y ninguno decía ser propia cosa alguna de las que poseía, sino que, para ellos todo era común... Tampoco había entre ellos ningún menesteroso: pues cuantos eran propietarios de campos o casas, los vendían y traían el producto de lo vendido y lo ponían a los pies de los Apóstoles. Y se repartía dando a cada

cual según su necesidad. José, llamado por los apóstoles Bernabé..., levita de Chipre, que poseía un campo, habiéndolo vendido trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles (4,32 y 34-36).

Muchos comentaristas suelen decir que esos párrafos están idealizados por Lucas, lo cual sirve de excusa para apenas comentarlos. Podría ser, aunque parece que esa comunidad de bienes se había dado ya entre los esenios. Además, conservamos el comentario de uno de los primeros convertidos al cristianismo (el filósofo Justino): «Antes amábamos y buscábamos ante todo

el dinero y las propiedades, mientras que hoy hasta lo nuestro lo ponemos en común y lo compartimos con los que no tienen».¹⁷ Lucas pone en medio del segundo párrafo citado una inesperada alusión al «testimonio de la Resurrección que daban los Apóstoles con mucha eficacia» (4,33), como si esa fuera la razón de esta comunidad de bienes. Y Jürgen Roloff, quien admite esa idealización, añade después: «No hay duda de que la imagen ideal trazada por Lucas encierra mucha verdad histórica».¹⁸

Otros llaman a eso «el comunismo de los primeros cristianos», pero luego se quedan tan tranquilos como si esa palabra hubiese perdido aquí toda su capacidad de molestar. Y lo innegable es que, idealizada o no, Lucas presenta esa situación como ejemplar y, en este sentido, normativa para el cristianismo. Roloff la ve además como una concreción de la comunidad de vida, mencionada dos versos antes.¹⁹ Luego, por la flaqueza humana, podremos quedarnos más o menos lejos de esa meta, pero parece que es a ella a la que hay que tender siempre.²⁰

Y, más allá de calificaciones que pueden considerarse polisémicas (idealización, comunismo), lo claro son estas dos normas: en la Iglesia cristiana no ha de haber ricos ni ha de haber necesitados. Con lenguaje social de hoy: la Iglesia debe ser la primera en encarnar esa meta de «una sociedad de la sobriedad compartida». Y ojalá, con su ejemplo, consiga extender esa norma al resto del mundo.

De ahí derivará, además, uno de los puntos donde nuestra Iglesia menos ha conservado ese «depósito de la fe» que tanto le preocupa mantener íntegro;

me refiero a la moral cristiana sobre la propiedad. Cuando un cristiano tiene todas sus necesidades cubiertas de una manera sobria y digna, todo el resto de lo que posee deja de ser suyo, pertenece a los necesitados, y el rico está robando si no se lo devuelve. De ahí surge la frase atribuida a Juan Crisóstomo y que, al menos, resume perfectamente su pensamiento: «El rico es un ladrón o hijo de ladrón».

Por supuesto, resuena aquí la parábola lucana de Epulón y Lázaro: allí no se dice que el rico hubiera ganado su fortuna injustamente; a lo mejor no era así. Sea como fuere, el rico es condenado simplemente por no compartir. Es más: ni siquiera se dice que Lázaro hubiera sido «un escriba honrado».²¹ A lo mejor no. Pero estaba sufriendo. También se concreta en el texto que comentamos la verdad de «la comunión de los Santos» que proclamamos en el Credo, como enseñaba pocos años después la primera Iglesia: «No rechaces al necesitado y tenlo todo en común, pues si poseéis en común los bienes espirituales, ¡cuánto más los materiales!».²²

El único detalle que falta añadir es que ese comunismo es fruto de la libertad y del amor, no de la obligación y del poder. Curiosamente, todos los que rechazan hoy el comunismo, dicen hacerlo por su carácter autoritario y negador de libertad; pero, en realidad, lo que rechazan es su carácter social. Recordemos cómo (hace pocos años) algunos se permitieron rechazar determinadas enseñanzas del papa Francisco por «comunistas» y cómo Francisco respondió que él no sabía lo que dice el comunismo, pero sí sabe lo que dice el Evangelio. Y que eso enseñaba.

Solo en este contexto tan serio resulta explicable el episodio siguiente de Ananías y Safira (Hch 5,1 y ss.) que hoy resulta tan cruel. El mayor enemigo de la libertad individual es la obligación, pero socialmente el mayor enemigo de la libertad es la mentira. Esa pareja, al mentir sobre sus ingresos y quedarse la mitad de la venta, pone en peligro aquel comunismo cristiano: en la medida en que otros actúan así, se acaba aquella situación de comunión plena. Esto es lo que quiere enseñar este episodio: usando el lenguaje de hoy, quizá podríamos decir que Ananías y Safira fueron los primeros defraudadores de impuestos, que se crearon un paraíso fiscal personal. La institución eclesiástica debería tener mucho más en cuenta este ejemplo.

Otra reacción dura (aunque no tanto, quizá porque el engaño no se hace aquí a la comunidad) es la de Pedro con Simón el Mago, de la que ha quedado la palabra *simonía* como uno de los pecados más graves de los ministros de la Iglesia. Simón era un mago de Samaria que vivió de sus trampas y de sus chanchullos. Cuando Felipe predicó en aquella región, la mayoría de los clientes de Simón se convirtieron «y él también creyó» (Hch 8,13). Pero, más tarde, al ver que Pedro y Juan «impo-

nían las manos sobre los bautizados y recibían el Espíritu Santo», les ofreció dinero para que le diesen a él ese mismo poder. Con lenguaje de hoy: quiso comprar con dinero el ministerio eclesiástico. Y aquí viene la reacción de Pedro que es lo que nos interesa:

Que tu dinero se vaya contigo a la perdición, por haber creído que podías adquirir el don de Dios con dinero. No tienes parte ni suerte con nosotros pues tu corazón no procede rectamente con Dios. Arrepiéntete de tu maldad y pide al Señor para que quite esas ideas de tu corazón: pues te has convertido en hiel amarga y en lazo de iniquidad (8,20-23).

Simón se arrepintió y pidió a Pedro que rogara por él. Pero lo que nos interesa ahora es la radical reacción de Pedro, y el origen de la posterior palabra *simonía*.

Cuánto pudo haber de *simonía* en las entradas de Franco en iglesias bajo palio es algo que solo Dios sabe. Pero lo cierto es que allí hubo un escándalo que debió evitarse y que no se justificaba por las crueldades de los otros contra la Iglesia. Por eso, es tan importante que tengamos hoy una verdadera ley de memoria histórica y no una ley interesada de victoria histórica.

LA RAÍZ DE TODOS LOS MALES (1Tim 6,10)

Las llamadas cartas «*pastorales*», las últimas del cuerpo paulino, tienen fama de ser lo más conservador del Nuevo Testamento, sobre todo por sus apelaciones a la autoridad y al orden; quizá reflejan ese momento clásico de «vivalavirgen», cuando el impulso inicial comienza a enfriarse. No obstante, hoy diríamos que muchos de los desórdenes que combaten son «derechosos».

Quizá por eso a las pastorales les preocupa más la buena conducta en el interior de la iglesia que la transformación de la sociedad, y subrayan que ni los obispos deben ser «amantes del dinero» ni los diáconos buscar «ganancias sórdidas» (1Tim 3,3 y 8).²³ La Iglesia ha de ser ejemplo antes que (y para poder ser) denuncia.

En ese contexto, llama la atención cómo, en lo relativo a nuestro tema, fundamentan todo lo que antes expusimos. Así se refleja en su texto más famoso:

Es bien provechosa la piedad con sobriedad (económica): pues nada trajimos al mundo y nada nos llevaremos de él. Y si tenemos alimento y abrigo,

ya podemos darnos por satisfechos con eso. Mientras que los que pretenden ser ricos caen en la tentación y en el lazo de muchas conductas insensatas y dañinas que acaban hundiendo a los hombres en el abismo de la ruina y la perdición. Pues *la raíz de todos los males es la pasión por el dinero*; y muchos por afanarse por él cayeron, se descarriaron de la fe y se enredaron en muchos disgustos. Si quieres ser hombre de Dios huye de esas cosas y busca más bien la justicia... (6,1-10). A los que tienen riquezas de este mundo recomiéndales que no alimenten sentimientos de superioridad, ni pongan su esperanza en la riqueza. Que se den a la solidaridad siendo ricos en repartir y amigos de comunicar sus bienes, enriqueciéndose para

alcanzar así la verdadera vida (17-19).
[El resaltado en cursiva es nuestro]

Es una de esas enseñanzas que, cuando las oímos, preferimos no prestar atención y mirar para otro lado. No obstante, aunque la enseñanza es la misma, parece que hay una cierta transigencia que apela solo a recomendaciones, quizá por respeto a la libertad o porque el autor de la carta no es el responsable de aquella iglesia, y solo puede aconsejar. Pero lo que nos merece más comentario es la frase resaltada, precisamente porque no se trata de un consejo sino de una verdad hu-

mana universal sobre la raíz de todos los males. Muchos eclesiásticos de hoy pondrían esa raíz en mil otros lugares (sexualidad, falta de oración...), pero no donde la pone la palabra de Dios.

Por si fuera poco, la carta siguiente a Timoteo avisa contra los malos tiempos que pueden venir por «hombres amadores de sí mismos, amigos del dinero»²⁴ y que además «tendrán cierta apariencia de piedad, pero habrán renegado de la fuerza de la piedad verdadera» (2Tim 3,2.5). Ya tenemos aquí el uso de la religión como justificadora del egoísmo económico, que luego denunciarán Marx y otros.

CONCLUSIÓN

Podemos cerrar estos análisis muy rápidamente, destacando que, a pesar de la dura denuncia del texto primero sobre el salario injusto, la enseñanza del Nuevo Testamento es más sapiencial que profética: pretende más enseñar que denunciar. Aquellos hombres, minoritarios y no bien vistos por lo general, no podían denunciar nada concreto.

Y esa enseñanza cabe en un triple enunciado negativo: la riqueza del rico es una mentira humana, una injusticia humana y una catástrofe humana. Catástrofe porque es «la raíz de todos los males» y porque, cuando hoy los ricos se defien-den alegando que el objetivo no es que desaparezca su riqueza, sino que «todos lleguen a ser ricos» como ellos, están propugnando un programa antiecológico que acabe con el planeta tierra.

Y, junto a ese negativo, un principio bien simple y positivo: las entrañas conmovi-das por la misericordia son lo que nos hace más cristianos de verdad, más huma-nos de verdad y lo que más nos ayuda a superar las diferencias entre nosotros.

Dos lecciones bien sencillas, pero que merecen la pena.

APÉNDICE: ALGUNOS TEXTOS DE JUAN CRISÓSTOMO

Como sobra espacio y no es cuestión de alargar las cosas innecesariamente, voy a presentar una breve antología de san Juan Crisóstomo sobre el mismo tema. Juan Crisóstomo vivió en el siglo IV y es considerado uno de los cuatro grandes padres orientales. No citaré todos los textos que ya aparecían en el libro *Vicarios Cristo: los pobres...*, aunque intentaré clasificarlos en consonancia con las anteriores lecciones del Nuevo Testamento. Huelga decir que no constan aquí todos los textos posibles, pero quizá convenga sugerir que la predicación de este santo padre de la Iglesia irritaría mucho a un sector amplio de la sociedad de hoy, tanto creyentes como increyentes.

Fatuidad de la riqueza

1. Si fuera necesario servirse de vajilla de plata y sin ella no se pudiera vivir, ya habría desaparecido la mayor parte de los hombres, pues la mayoría jamás ven en sus manos la plata. Y si a los que poseen la plata se les dice: «En definitiva, ¿para qué sirve ese vaso?, dime por qué lo tienes y qué utilidad te procura», ese tal no sabe responder otra cosa sino el honor que recibe del vulgo.²⁵
2. ¿Por qué dicen que es feliz? ¿Por qué tiene un caballo magnífico y con freno de oro y posee numerosa servidumbre y se viste espléndidamente y revienta cada día de comer y beber? Pues, justamente por eso habría que tenerlo por desgraciado y miserable. Pues no podéis alabarlo por nada que sea suyo, sino por lo que está fuera de él: por su caballo, por su freno, por el vestido, cosas que nada tienen que ver con él. Y dime: ¿qué desgracia mayor puede darse que admirar su

caballo, y su freno y la belleza de su vestido, y la buena complexión de sus criados, y no poder tributarle a él elogio alguno? ¿Qué pobreza mayor que no tener bien propio alguno que pueda llevarse de este mundo, sino tener que adornarse con galas ajenas? Pues el propio ornato y la propia riqueza no están en nuestros criados y caballo y vestidos, sino en la belleza del alma, la riqueza de las buenas obras y la confianza en Dios.²⁶

3. En el teatro..., el que aparece como rey o general, resulta ser luego un criado que vende en la plaza higos o uvas. Y, de igual manera en el teatro del mundo, ese que aparece rico es muchas veces el hombre más pobre de la tierra: quítale la máscara, despliega su conciencia, entra en su espíritu y hallarás allí infinita pobreza de bondad y que es el más infame de los hombres.²⁷
4. ¿No es vergonzoso recubrir sin razón ni motivo las paredes de mármoles y dejar que Cristo ande por las calles desnudo?... Lo que se sale de la necesidad es superfluo e inútil: ponte unos zapatos mayores que el pie. No los aguantarás porque te impiden andar. Así, una casa mayor de lo necesario te impide la marcha al cielo.²⁸
5. A los ricos, el excesivo regalo, el comer sin gana y beber sin tener sed... les quita mucho placer. Porque, en todas las cosas, lo placentero no es tanto la cosa en sí cuanto la satisfacción de una necesidad. Y así lo que suele agradar no es tanto el beber vino dulce y oloroso, cuanto el echarse un buen trago de agua cuando se tiene sed. Ni está

el placer tanto en comer pasteles cuanto en comer lo que sea, pero con buena gana.²⁹

6. El ir vestidos magníficamente les hace pensar que están por encima de la naturaleza humana y no paran mientes en la gran responsabilidad que contraen al no administrar debidamente lo que el Señor les confiara y no querer dar parte de sus bienes a los necesitados... ¿Qué castigo no merecerán los que a todo trance procuran vestirse de seda y hacen ostentación en la plaza pública y llevan tejidos de oro, mientras dejan desnudo a Cristo y no le procuran el sustento necesario?... Por eso os exhorto a huir en todo de la avaricia y no traspasar los límites de lo necesario. Porque la verdadera riqueza y la opulencia indestructible están en buscar lo necesario y distribuir debidamente lo que pasa de la necesidad.³⁰
7. Cuando entras en casa de un rico y ves columnas de maravillosa grandeza y capiteles de oro y mármoles incrustados en las paredes y fuentes que corren, y surtidores y paseos... y todo un rebaño de eunucos cubiertos de oro, y tapices por los suelos y una mesa esplendente de oro y lechos engalanados, todo es la gloria de la casa, no la gloria de un hombre. Pues la gloria del hombre es la piedad, la modestia, la misericordia, la mansedumbre, la humildad, la paz, la justicia y el amor para con todos. ¡Eso es la gloria del hombre!³¹
8. Nada más engañoso que la riqueza: hoy contigo y mañana contra ti. Por todas partes arma los ojos de los envidiosos. Es enemigo de

puertas adentro: lo tenemos siempre en casa.³²

9. ¿Por qué hacéis alarde de vuestro mal gusto por medio de esas cosas? Sin duda me contestaréis que así conseguís más gloria y más lustre. Pero ¿no acabáis de oírme que no está ahí la gloria del hombre sino, todo lo contrario, su deshonor y afrenta, su acusación y ridiculización?... El cuerpo del ricachón será entregado a la tierra, pero la vista de sus construcciones impide que la memoria de su avaricia quede enterrada con él. Todo el que pase, al contemplar la grandeza y lujo de su espléndida casa, no dejará de decirse a sí mismo o a su vecino: ¡con cuántas lágrimas se habrá edificado esta casa! ¡Cuántos huérfanos se habrán quedado desnudos! ¡Cuántas viudas habrán sufrido malos tratos y cuántos obreros habrán sido defraudados de su jornal!³³
10. Terrible cosa es la avaricia, que embota ojos y oídos y hace a sus víctimas más fieras que una fiera. La avaricia no deja pensar en la conciencia ni en la amistad, ni en la salvación de la propia alma. Aparta todo de un golpe y, como dura tirana, hace esclavos suyos a quienes se dejan prender por ella. Y lo peor de esta esclavitud es que persuade a los que la sufren de que le estén agradecidos... y así la enfermedad resulta más incurable y la fiera más difícil de domar... Me dices que no adoras el oro como hace el otro con su ídolo. Pero le consagras todo tu cuidado. Aquel, además, antes entregaría sus ojos y su alma que su ídolo. Y lo mismo

hay que decir de quienes aman el dinero... Lo que la avaricia manda se cumple puntualmente. Y, ¿qué manda? Sé enemigo de todo el género humano, desconoce la naturaleza, menosprecia a Dios. Y en todo eso se le obedece. A los ídolos se les sacrifican bueyes y ovejas, la avaricia en cambio dice: «Sacrificame tu alma». Y convence a su adorador.³⁴

11. Los bienes terrenos no son verdadera posesión y dominio: son solo un uso. ¿Cómo hablar de dominio cuando, una vez que tú expires, otros se apoderarán de tus bienes, quieras o no, y ellos a su vez se los darán a otros y estos a otros?... La propiedad o señorío no es más que un nombre: en realidad somos todos dueños de bienes ajenos.³⁵

Injusticia de la riqueza

12. Si vieras a un capitán de bandidos que asalta los caminos, acecha a los viandantes, arrebata las cosechas y esconde en sus cuevas y madrigueras oro y plata... y por estas incursiones posee vestidos y esclavos en abundancia, ¿lo tendrías por dichoso a causa de toda esa riqueza, o por desgraciado por la que le va a caer encima?... Pues piensa eso mismo de los ricos y avaros: son como bandidos que saltean los caminos y despojan a los caminantes, y en cuevas o madrigueras (que son sus propias cámaras) entierran la riqueza de los demás.³⁶
13. Si eres rico, considera que tendrás que rendir cuenta de si has gastado tu riqueza con cortesanos o con po-

bres, con parásitos y aduladores o con necesitados. O si la destinaste al placer a francachelas y borracheras, o a auxiliar a los oprimidos. Y no solo se te pedirá cuenta del empleo que hayas dado a tu riqueza, sino de cómo la adquiriste. ¿Con trabajo justo o arruinando las casas de los huérfanos y despojando de su hacienda a las viudas? Nosotros no pedimos a nuestros criados que den cuenta solo de las salidas del dinero, sino también de las entradas y los examinamos de dónde recibieron las sumas, de quiénes, cómo y cuánto. Igualmente, Dios no solo nos pedirá cuenta de cómo gastamos, sino también de cómo adquirimos.³⁷

14. Todo lo necesario que mantiene nuestra vida Dios lo ha hecho común (aire, agua, fuego sol y cosas semejantes)... Si pues lo más grande y más necesario y lo que mantiene nuestra vida Dios lo ha hecho común, y lo menor y más vil (quiero decir: el dinero) no es común, ¿por qué es así?... Porque de no ser común todo lo necesario, los ricos, con su acostumbrada avaricia, ahogarían a los pobres. Pues si hacen eso con el dinero, mucho más lo harían con aquellas otras cosas.³⁸
15. Si se da por ejemplo el caso de que el rico y el pobre sean ladrones y ambiciosos, el pobre tendrá alguna excusa (aunque ligera) en la necesidad de su pobreza: el rico no tendrá excusa alguna razonable ni justificada. O sea: cuanto peor lo pasa el pobre en esta vida, lleva para la futura un capital de merecimientos, y el rico lo lleva de pecados.³⁹

16. ¿Qué defensas, qué perdón puedes obtener cuando engalanas más de lo necesario a un bruto que nada sabe de esa ambición y lo mismo se le da el oro que el plomo, y en cambio ves a Cristo que se muere de hambre y no le das ni el sustento necesario?... Tú llevas pieles recamadas de oro, vestido de oro y cinturón de oro, y hasta zapatos que brillan por el oro, y una maldad como esa ya es para ti una necesidad: quieres calmar un deseo insaciable y alimentar a la más cruel de las fieras que es la avaricia. Y para todo eso despojas a los huérfanos, desnudas a las viudas y pasas por el mundo como enemigo universal, pues te empeñas en un trabajo vano y emprendes una carrera que no puede tener buen fin.⁴⁰
17. ¡Miserable espectáculo! Después de trabajar todo el invierno, después de consumirse al hielo y a las tormentas y a las vigilias, tienen que retirarse con las manos vacías y encima cargados de deudas. Y más que por esta hambre y este naufragio temen y tiemblan los desgraciados por las torturas de los administradores, las comparencias ante los tribunales, las cuentas que se les piden, los suplicios a los que se les conduce y las cargas inexorables que se les imponen. ¿Quién dirá los negocios que con ellos se emprenden, los viles tráfico a los que se los somete, llenando sus amos lagares y graneros a costa del trabajo y sudor de aquellos infelices, mientras a ellos no se les consiente llevar a casa ni una mínima parte? Todo el fruto tiene que ir a llenar esos toneles de

iniquidad, y solo unas monedas le tiran por ello al trabajador.⁴¹

- 18.** Así como tú das tus bienes a tu esclavo para que te los administre, así Dios te los ha dado a ti para que los emplees en lo que debes. Él te los podría haber quitado; si te los ha dado, es para darte ocasión de mostrar tu virtud... Pero tú tomas y no solo no das, sino que pegas... No es tuyo lo que tienes. Se te han encomendado los bienes de los pobres, aunque esos bienes los hayas adquirido por herencia paterna o aunque provengan de tu legítimo trabajo, Dios podría quitártelos. Si no lo ha hecho es porque quiere que te muestres generoso con los necesitados... Que lo oigan quienes se entregan a la glotonería y consumen en suntuosos banquetes una riqueza que no les pertenece absolutamente, sino que es de los necesitados... Dios te prestó lo tuyo para que con ello alcances gloria. No pienses pues que es tuyo cuando das al pobre lo suyo.⁴²
- 19.** No digáis «gasto de lo mío y me regalo con lo mío». No es de lo vuestro, sino de lo ajeno. Y lo llamo ajeno porque vosotros queréis: Dios quiere que sea vuestro lo que ponéis en manos de vuestros hermanos. Y lo ajeno se convierte en vuestro si lo empleáis por los demás. Pero si empleas despiadadamente lo tuyo solamente para ti, lo tuyo se convierte en ajeno⁴³
- 20.** Si resulta que la riqueza es buena, y se consigue con avaricia, cuanto más avaro sea uno, mejor será. «Se entiende si no es avaro», me dices. Y, ¿cómo es eso posible? La pasión es funesta y no es posible enrique-

cerse sin cometer mil iniquidades. Cristo mismo lo dio a entender cuando dijo: «Hacedos amigos con la riqueza injusta». Y me replicas: «¿Qué decir si uno la ha recibido de su padre?». Pues que la ha recibido a fuerza de iniquidades, porque seguramente su antepasado ya no era rico desde Adán... Es de suponer que también él tuvo otros que le precedieron y entre ellos se hallarán algunos que se apoderaron y beneficiaron de lo ajeno.⁴⁴

- 21.** Por favor, no vayáis a pensar que porque los ricos no paguen aquí sus iniquidades carecen de pecado. Si fuera posible castigar en justicia a los ricos, las cárceles estarían llenas de ellos.⁴⁵
- 22.** Nos es común lo espiritual: la mesa sagrada, el cuerpo del Señor y su sangre preciosa, las promesas del Reino, el baño de la regeneración, la purificación de los pecados, la justicia, la redención, la santificación, todos esos bienes inefables «que ni ojo vio, ni oído oyó, ni pudo sospechar el corazón del hombre» (cfr. 1Cor 2,9). ¿Cómo, pues, no calificar de absurdo que quienes tienen comunes cosas tan grandes... sean tan avaros en sus riquezas y no consientan en guardar esa misma igualdad, sino que sobrepasen en riqueza a las mismas fieras?⁴⁶
- 23.** Nada hay más vergonzoso, nada más cruel que los intereses que proceden de la usura. El usurero trafica con las desgracias ajenas y de la miseria de su prójimo hace él su negocio. Pide paga por su caridad, presta como si temiera aparecer despiadado y, con máscara de caridad, ahonda más el hoyo de la

miseria. Cuando nos ayuda, agrava nuestra pobreza; si alargamos la mano, nos empuja; cuando parece acogernos en un puerto, nos arroja al naufragio estrellándonos en un escollo o en una roca.⁴⁷

Entrañas de misericordia y compartir

24. El rico, embriagado por la abundancia de su dinero, preso de la más ardiente fiebre, solo piensa en acrecentar lo que tiene. En cambio, el pobre, como está libre de esa enfermedad y no sufre esa debilidad, se desprende más fácilmente de lo que tiene.⁴⁸
25. El pobre solo tiene una defensa, que es su indigencia y necesidad. No le pidas más: aun cuando sea el hombre más malvado, si carece del necesario sustento, remedemos su hambre... Si ves desde tierra que un hombre naufraga, no te pongas a juzgarlo y a pedirle cuentas: socorre en seguida esa desgracia.⁴⁹
26. La riqueza es un tirano que manda con dureza, déspota más feroz que un bárbaro, enemigo irreconciliable que no sabe de treguas ni depone jamás el odio contra los que la poseen... ¿Cómo cambiar su fiereza? Cayendo en la cuenta de cómo se hace feroz..., como los leones, como los leopardos, como los osos enjaulados se excitan y redoblan su fiereza; así puntualmente, la riqueza, entre llaves y enterrada, brama más que un león y espanta a todo el mundo. Pero, si la sacas del encierro y la distribuyes entre los pobres, la fiera se torna oveja.⁵⁰

27. Has recibido más que los otros no para que lo gastes tú solo, sino para que seas buen mayordomo para los otros.⁵¹

28. No sé si la casa de nuestro obispo (Flaviano) ha de llamarse casa suya o de los migrantes. Pero, justamente por ser casa de los forasteros, ha de llamarse con más razón casa suya; porque nuestras cosas entonces se tornan más propiamente nuestras cuando no las poseemos para nosotros, sino que, en todo momento, las ponemos a disposición de los pobres.⁵²

29. Atravesando las plazas y calles para venir a vuestra reunión, he podido ver a muchos tendidos en los cruces: unos mutilados de manos, otros ciegos, otros llenos de llagas y heridas incurables, y mostrando las partes que, por lo sucias que están, más deberían cubrir. Ante ese espectáculo me ha parecido que sería muy inhumano no hablaros de ello... Realmente, siempre es necesario hablar sobre la limosna, pues también nosotros necesitamos de mucha misericordia por parte del señor que nos ha creado...

Y, sobre todo en invierno, cuando carecen más que nunca de lo necesario y juntamente con eso se les quita el trabajo (ya que nadie toma a jornal a los miserables ni se los llama para servicio alguno), no queda sino que se les tiendan las manos de gentes misericordiosas que hagan las veces de patronos que los contratan.⁵³

30. Hay ricos que arrebatan lo de los otros. Hay también ricos que distribuyen lo que tienen a los pobres.

Uno se enriquece acumulando; el otro, repartiendo. Uno siembra en la tierra, el otro en el cielo. Y cuanto es el cielo mejor que la tierra, eso va de la opulencia del uno a la riqueza del otro. A uno le acusa todo el mundo, el otro tiene muchos que le aman. Y es curioso: al rapaz y avariento no solo le aborrecen los que sufren su iniquidad, sino también los que no han recibido de él ningún daño, pero sienten compasión por los que los han sufrido. En cambio, al misericordioso no solo le quieren los que él favorece, sino todos los demás.⁵⁴

31. No menos importante que colocar el Evangelio junto al lecho es que allí esté también la limosna. Si pones allí el Evangelio sin hacer nada, no te aprovechará de nada. Pero si tienes también esa arqueta, tienes ahí un arma contra el diablo.⁵⁵
32. Una sola cosa habéis de hacer: aborrecer la riqueza, aborrecer el dinero y amar más vuestra propia vida. Desprendeos de lo que tenéis; no digo de todo, pero sí de lo superfluo.⁵⁶
33. Las riquezas se llaman «utilidades» (*chremata*) porque son para usarlas útilmente, no para enterrarlas. Cada trabajador sabe al dedillo su oficio. ¿Y el rico? El rico no sabe ni trabajar el hierro, ni construir una nave, ni tejer ni edificar, no cosa alguna semejante. Que aprenda, pues, el oficio de emplear debidamente su riqueza dando a los necesitados y sabrá un arte mejor que el de todos los demás artesanos.⁵⁷
34. Si consultas las leyes profanas verás que, incluso para estas, de-

dicarse a la usura es prueba de la mayor vileza. Por lo menos, a los dignatarios del imperio que han llegado al grado de senadores, no les está permitido deshonorarse con tales ganancias, sino que hay una ley que se lo prohíbe expresamente. ¿Cómo no horrorizarse entonces de que no concedas a la ley y la Constitución celestial lo que los legisladores conceden al senado romano?⁵⁸

35. No hay diferencia alguna en dar al Señor o a un pobre. No estás en desventaja con aquellas mujeres que lo alimentaron en vida: más bien les llevas ventaja. Y no os asustéis de lo que digo, pues no es lo mismo alimentarle a Él, si apareciera personalmente, que fiados en su sola palabra cuidar del pobre, del mutilado o del tullido. En el primer caso, la visión y la dignidad de la persona se llevan parte del mérito; en el otro, todo el premio pertenece íntegramente a tu generosidad... Si no fuera él a quien das, no te prometería el Reino de los cielos.⁵⁹
36. Así de ataviada ¿cómo vas a poder besar y abrazar los pies de Cristo? Él rechaza esos adornos... Pero ¡cualquiera quita sus joyas a las mujeres si ellas las prefieren aunque pasen hambre!... Y mientras tú te pones adornos que valen mil talentos, un miembro de Cristo no tiene ni el sustento necesario.⁶⁰
37. No nos consideremos como si no tuviéramos nada que ver unos con otros. Que nadie diga: «Aquel no es amigo mío, ni pariente, ni vecino, ni tengo con él nada en común. ¿Cómo voy a ir a él y qué le diré?».

Pues, aunque no sea familiar ni amigo, es hombre de tu misma naturaleza que pertenece al mismo Señor que tú... Dios nos ha dado este mundo como única morada; ha encendido el sol para todos, nos ha extendido un solo techo, el cielo, y nos ha preparado una única mesa: la Tierra. Nos ha dado también otra mesa mucho más excelente que la anterior... Tenemos todos una sola patria en los cielos y bebemos de un mismo cáliz...

¿De dónde viene, pues, en la vida una tal desigualdad? De la avaricia y arrogancia de los ricos. Por eso os pido, hermanos, que no obréis así en lo sucesivo: unidos estrechamente en las cosas comunes y más necesarias, no seamos separados por las cosas terrenas y viles, es decir: por la pobreza y la riqueza, por el parentesco corporal, por el odio y la amistad.⁶¹

38. No se daba entre ellos esa palabra fría de «mío» y «tuyo». De ahí el gozo que reinaba en la mesa.⁶²
39. Por la misericordia y compasión es como nos asemejamos a Dios. Si no tenemos eso, lo perdemos todo.⁶³
40. Pero ¿para qué sirve decir esto tontamente a hombres que por nada del mundo despreciarán las riquezas y se apegan a ellas como si hubiesen de ser eternas? Hombres que, en dando una miseria de lo mucho que tienen, ya se imaginan haberlo dado todo. Eso no es limosna. Limosna es lo de aquella viuda del Evangelio (Mt 12,41 y ss.). Si no eres capaz de dar tanto como la viuda, da al menos todo lo superfluo. Pero no hay nadie que

dé ni de lo superfluo. Esas cantidades de esclavos, esos vestidos de seda, todo eso son cosas superfluas.⁶⁴

41. Os exhorto a recordar esto que vale por todo: no dar a los pobres de los propios bienes es cometer con ellos una rapiña y atentar contra su propia vida. Recordad que no retenemos lo nuestro, sino lo de ellos. Si fomentamos esta disposición en nosotros, daremos largamente de nuestra riqueza, alimentaremos aquí a Cristo hambriento y tendremos allá un gran depósito.⁶⁵

Varias

42. Sé muy bien que todo esto molesta a los que me escuchan, pero ¿qué debo hacer? Esta es mi obligación y no dejaré de advertiros estas cosas, tanto si obtengo algún resultado como si no.⁶⁶
43. Muchos, con frecuencia, se meten en averiguaciones sobre los pobres y los examinan sobre su patria, su vida y milagros, qué profesión tienen, cómo andan de fuerzas, y los cargan de acusaciones pidiéndoles mil datos sobre su salud. Ello da lugar a que muchos fingen mutilaciones a ver si con este drama ablandan nuestra crueldad e inhumanidad. Voy a deciros algo duro y molesto; sé que os enfadaréis, pero no lo hago para heriros, sino para corregiros: echamos en cara a los pobres su ociosidad, cosa muchas veces excusable; y nosotros trabajamos a menudo en cosas que son peores que la misma ociosidad... Tú, que te pasas frecuente-

mente el día en los teatros y juntas y grupos que no tienen nada de bueno; tú, que murmuras de todo el mundo, no crees hacer nada malo ni que estés ocioso; y a ese desgraciado y desdichado que gasta el día entero en pedir y rogar, con lágrimas y calamidades sin cuento, ¿lo juzgas y lo llevas a un tribunal y le pides cuentas?⁶⁷

44. ¿Cuántos ricos había en tiempos de Herodes y cuántos poderosos? Pero ¿quién salió en público a increpar al tirano? ¿Quién vengó las leyes de Dios conculcadas? Por cierto: nadie de los opulentos. Un pobre y miserable: uno que no tenía techo ni mesa ni cobijo: Juan el morador del desierto fue el primero y el único que reprendió con liber-

tad al tirano... Y, antes de Juan, lo mismo pasó con el gran Elías, que no poseía más que una piel de oveja: él solo también reprendió al impío Acab, transgresor de toda ley.⁶⁸

45. Supongamos que no hubiera castigo ni nos esperara el Reino de los cielos; por eso mismo, deberíamos respetar a nuestra propia raza y género, y conmovernos ante el que padece como nosotros. Y lo cierto es que criamos perros y muchos hasta asnos salvajes y osos y otras fieras diversas. En cambio, al hombre lo dejamos que se muera de hambre. Nos merece más estima el animal extraño que el de nuestra misma especie. Tenemos en menos lo propio, que lo que no es ni nos toca en nada.⁶⁹

1. GONZÁLEZ FAUS, José I. (2018). *Vicarios de Cristo: los pobres*. Barcelona: Cristianisme i Justícia.
2. Por ejemplo, en los capítulos: «Jesús y los marginados», en GONZÁLEZ FAUS, José I. (2000), *La Humanidad Nueva*, Santander: Sal Terrae; «Jesús y los ricos de su tiempo», en GONZÁLEZ FAUS, José I. (2010), *Otro mundo es posible... desde Jesús*, Santander: Sal Terrae; o en «Jesús y el dinero», dentro de GONZÁLEZ FAUS, José I. (2013), *El amor en tiempos de cólera... económica*, Madrid: Khaf.
3. Se puede hallar información más completa en ALONSO DÍAZ, José (1967), *Comentario a la carta de Santiago*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), pp. 197-200.
4. La palabra *thrêskeia* unos la traducen como 'religión' y otros, como 'devoción'. La traducción por 'religiosidad' creo que incluye ambos significados, hecho que evita, además, la concreción en alguna institución específica.
5. Véase la cita, un poco más extensa, en GONZÁLEZ FAUS, José I. (2018), *Vicarios de Cristo: los pobres. Antología de textos de la teología y espiritualidad cristiana*, Barcelona: Cristianisme i Justícia.
6. Así lo indica J. Alonso Díaz en su comentario citando la carta (*Op. cit.*, p. 210). Puede que valga la pena aludir también a un posible cambio de texto hecho por un copista en el v. 18 y que sustituyó un *ek* por un *chôris* ('sin'). El texto diría entonces: «muéstrame tu fe por tus obras y yo te mostraré mi fe por mis obras» (en vez de «muéstrame tu fe sin obras» que tiene poco sentido). Así queda patente que las obras son, para Santiago, no algo que «se añade» a la fe, sino la expresión misma de lo que se cree, lo cual es mucho más coherente con la frase del cap. 3,12: «De la higuera no pueden brotar uvas, ni de la vid higos, ni del mar agua dulce», es decir: de según qué fe brotarán según qué obras.
7. KNOCH, Otto (1976), *Carta de Santiago*, Barcelona: Herder, p. 106.
8. Como ya comenté otra vez, la riqueza (la célebre palabra aramea *mamôn*), aparece sin artículo en el griego, con lo que se personifica como si fuera un nombre propio: no podéis servir a Dios y a Dinero.
9. Véase, por ejemplo, Deuteronomio (24,14-15): «No explotarás al jornalero pobre y necesitado, tanto si es compatriota tuyo como si es emigrante. Le darás su jornal cada día antes de que se ponga el sol: pues pasa necesidad y necesita ese salario. Si no, clamará al Señor y tú serás culpable». Véase además Lev 19,13 y Tob 4,14, por la insistencia en pagar puntualmente. Para los libros sapienciales, remito al Cuaderno 227 de esta colección (*Sabiduría divina*).
10. Así consta en DIBELIUS, Martin (1964), *Der Brief des Iakobus*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, p. 221.
11. Ya la primera encíclica (que hoy resulta bastante conservadora) afirmaba sin ambages: «Si el obrero, obligado por la necesidad o acosado por el miedo de un mal mayor, acepta sin quererla una condición más dura porque la im-

- ne el patrono, esto es sin duda soportar una violencia contra la cual reclama la justicia» (*Rerum Novarum* 32). Es llamativo cómo buena parte del «catolicismo» español usa la enseñanza de la Iglesia para temas como el aborto, pero nunca para cuestiones económicas.
12. «Cántico espiritual» en HERRÁIZ, Maximiliano (ed.) (2002), *Obras completas de San Juan de la Cruz*, Salamanca: Sígueme, p. 708. Remito además al comentario más amplio de esa frase de Juan en mi contribución titulada «¡Cuán delicadamente me enamoras! Hacia una mística de la liberación», en ARANGUREN GONZALO, Luis A. (ed.), PALAZZI, Félix (ed.) (2017), *Desafíos de una teología iberoamericana inculturada en tiempos de globalización, interculturalidad y exclusión social: actas del primer encuentro iberoamericano de teología*, Miami: Convivium Press, pp. 173-192.
 13. La circuncisión, que hoy tiene a lo sumo un sentido clínico, significaba entonces dar algo del propio cuerpo (algo que te permitiera seguir íntegro para vivir) como símbolo de la entrega total de uno mismo.
 14. ¿Para qué llevas vestidos de seda y montas caballos con frenos de oro y mulas ricamente enjaezadas? La mula se adorna por bajo, el arnés está cubierto de oro. Mulos sin razón llevan encima las riquezas y gastan frenos de oro, mulas sin razón se engalanan mientras el pobre está sentado a tu puerta consumido de hambre. ¡Cristo mismo es ese que se muere de hambre! ¡Qué locura!... (*Homilía I sobre el hombre que se hizo rico*, n.º 6).
 15. Así consta en RIVAS REBAQUE, Fernando (2017), *Cuando el cristianismo era joven*, Madrid: HOAC, p. 94.
 16. «Corazón y alma» es una expresión veterotestamentaria para aludir a la más íntima profundidad de la persona (cfr. vg. Deuteronomio 6,5: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»).
 17. *Apología I*, 14-21.
 18. Cfr. ROLOFF, Jürgen (1984), *Hechos de los Apóstoles*, Madrid: Ediciones Cristiandad, p. 129.
 19. *Ibid.*, pp. 101 y 127.
 20. No obstante, Carmen Bernabé, que no simpatiza mucho con la designación de *protocomunismo* (hecho comprensible porque una cosa es la propiedad *patrimonial* y otra la estructura de la *producción* económica), añade en su capítulo «El cristianismo como estilo de vida», en AGUIRRE, Rafael (ed.) (2017), *Así vivían los primeros cristianos*, Estella: Verbo Divino, p. 256: «Lo que presenta Lucas es el ideal de la comunidad donde las relaciones con los demás y sus necesidades deben estar por delante de los bienes propios... Esta práctica construye comunidad, socializa en esos hábitos y representa un elemento clave para la cohesión de la comunidad. Cuanto más se comparte, más comunidad se crea». Hoy, que tanto se está hablando de la sinodalidad eclesial, parece imposible olvidar este aspecto.
 21. Como dice una versión posterior de la parábola ajena al Evangelio.
 22. *Didaché* (*‘Enseñanza de los Apóstoles’*) 4,8. Otros lo traducen como los bienes inmortales y los mortales.
 23. La segunda carta de Pedro, que es quizá el documento más tardío del Nuevo Testamento, refleja esa misma preocupación por que los cristianos no se contagien del mundo en que tienen que vivir, donde tratarán con gentes que están «plastificadas por la avaricia» (2,3: *en pleonexia plastoi*) porque su corazón «se ejercita en la codicia» (2,14: con el participio *gegymnasmenê* del que deriva nuestra ‘gimnasia’).
 24. Estos son los primeros calificativos que les pone. Y resulta curioso que la traducción literal de amantes del dinero sería amantes de la *plata*, con ese giro tan hispano.
 25. «De la vanagloria y la educación de los hijos», n.º 13, en la antología de Daniel Ruiz Bueno, *Obras de san Juan Crisóstomo. Tratados as-*

- céticos. Madrid: Biblioteca Autores Cristianos, 1958, p. 771.
26. *Discurso sobre las Calendas*, n.º 3, pp. 48, 957.
 27. *Homilía II sobre Lázaro*, n.º 3, pp. 48, 983.
 28. *Homilía II al pueblo de Antioquía*, n.º 5, pp. 49, 39.
 29. *Homilía V sobre Ana*, n.º 4, pp. 54, 673.
 30. *Homilía XXXVII sobre el Génesis*, n.º 5, pp. 53, 348.
 31. *Homilía I sobre el hombre que se hizo rico*, n.º 8, pp. 55.
 32. *Homilía II al pueblo de Antioquía*, n.º 5. pp. 49.
 33. *Homilía II sobre el hombre que se hizo rico*, n.º 3, pp. 55.
 34. *Homilía LXV sobre Juan*, n.º 3, pp. 59, 363.
 35. *Homilía XI sobre la carta a Timoteo*, n.º 2, pp. 62, 555.
 36. *Homilía I sobre Lázaro*, n.º 12, pp. 48, 980.
 37. *Homilía sobre la parábola de los talentos*, n.º 4, pp. 51, 22.
 38. *Homilía II al pueblo de Antioquía*, n.º 6, pp. 49ss.
 39. *Discurso sobre el hado y la providencia*, n.º 5, pp. 50, 768.
 40. *Homilía II sobre el hombre que se hizo rico*, n.º 2, pp. 55, 515.
 41. *Homilía LXI sobre san Mateo*, n.º 2; Ruiz Bueno, *op. cit.*, II, p. 274.
 42. *Homilía LXXVII sobre san Mateo*, n.º 4 y 5; Ruiz Bueno, *op. cit.*, pp. 539 y ss.
 43. *Homilía X sobre la 1.ª Corintios*, n.º 3, pp. 61, 86.
 44. *Homilía XII sobre la 1.ª a Timoteo*, n.º 3, pp. 62, 562.
 45. *Homilía II sobre la carta a los hebreos*, n.º 5, pp. 63, 25.
 46. *Homilía II sobre el hombre que se hizo rico*, n.º 4, pp. 55.
 47. *Homilía V sobre san Mateo*, n.º 5, pp. 58.
 48. *Homilía VIII sobre el Incomprensible*, pp. 48, 770.
 49. *Homilía sobre parábola de los talentos*, n.º 4, pp. 51, 22.
 50. *Homilía sobre Saturnino y Aurelio*, n.º 2 y 3, pp. 52, 415-416.
 51. *Homilía II sobre Lázaro*, n.º 5, pp. 48.
 52. *Discurso I sobre el Génesis*, n.º 4, pp. 54, 586.
 53. *Comentario a los Números 1-6*, n.º 1, pp. 51, 261.
 54. *Homilía I sobre el hombre que se hizo rico*, n.º 3, pp. 55, 500 y ss.
 55. *Homilía XLIII sobre la 1.ª Corintios*, n.º 4, pp. 61, 372.
 56. *Homilía II sobre Eutropio*, n.º 6, pp. 52, 401.
 57. *Homilía LXXIX sobre san Mateo*, n.º 3. Ruiz Bueno, *op. cit.*, p. 62.
 58. *Homilía LVI sobre san Mateo*, n.º 6. Ruiz Bueno, *op. cit.*, p. 194.
 59. *Homilía LXXXVIII sobre san Mateo*, n.º 3. Ruiz Bueno, *op. cit.*, II, p. 703.
 60. *Homilía LXXXIX sobre san Mateo*. Ruiz Bueno, *op. cit.*, II, p. 720.
 61. *Homilía XV sobre el evangelio de san Juan*, n.º 3, pp. 59, 100.
 62. *Homilía VII sobre los hechos de los apóstoles*, n.º 2, pp. 60, 66.
 63. *Homilía VI sobre la 2.ª a Timoteo*, n.º 3, pp. 62, 633.
 64. *Homilía XXVIII sobre la carta los hebreos*, n.º 4, pp. 63, 197.
 65. *Homilía II sobre Lázaro*, pp. 48, 991, 992.
 66. *Homilía XI sobre la 1.ª Corintios*, n.º 5, pp. 61, 354.
 67. *Comentario a los Números 1-6*, n.º 6, pp. 51.
 68. *Homilía II sobre parábola de los talentos*, n.º 4, pp. 51, 202.
 69. *Homilía XLVII sobre San Juan*, n.º 5, pp. 59, 268.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. Los textos de la carta de Santiago, ¿os parecen exactos o exagerados? ¿Por qué? ¿Encontráis alguna diferencia con los de Jesús en el Evangelio?
2. La palabra *pobreza* tiene varios sentidos: puede significar 'necesidad' o 'sobriedad', y esta puede ser voluntaria (en cuyo caso será una virtud) o impuesta por la vida... ¿Conseguís distinguir bien su significado cada vez que aparece?
3. Visto cómo ha cambiado la sociedad con el progreso y la aparición de las clases medias, ¿a quién aplicaríais todo lo que se dice sobre los ricos en el Cuaderno? Y, ¿creéis que eso de la solidaridad vale solo para ellos o vale para todos?
4. ¿Qué reflexiones os sugieren los textos citados de los Hechos de los Apóstoles, sobre el «comunismo» de los primeros cristianos?
5. ¿Qué formas de «limosna» os parecería que merecen hoy los elogios de san Juan Crisóstomo y cuáles no?
6. Elegid cada uno los tres textos de san Juan Crisóstomo que os parezcan más interesantes. Comparadlos y razonad vuestras elecciones.

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Agrupa un equipo de voluntariado intelectual que tiene por objetivo promover la reflexión social y teológica para contribuir a la transformación de las estructuras sociales y eclesiales. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús.

Cuadernos CJ

Últimos títulos

- 227. *Sabiduría divina*. J. I. González Faus
- 228. *El desperdicio de alimentos*. J. C. Romero y J. Tatay
- 229. *El reconocimiento de las personas LGTBIQ+ en la Iglesia*. M. Escribano y E. Vilà
- 230. *Para qué sirve llorar*. J. Laguna
- 231. *Sobre la tecnología*. O. Quintana
- 232. *Los CIE: instrumentos de sufrimiento inútil*. L. Zanón
- 233. *Democracia cultural*. J. Picó
- 234. *Ricos y pobres en el Nuevo Testamento*. J. I. González Faus

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ. Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
93 317 23 38 • info@fespinal.com
www.cristianismejusticia.net

También puede descargarlos en:
www.cristianismejusticia.net/es/cuadernos

